

ARTE Y REALIDAD

Arte y realidad son términos que, por implicarse dialécticamente, deben tratar de comprenderse en un mismo sintagma estructural.

Las obras de arte permanecen en la historia, superando su génesis de producto-consumo. Los artistas se suceden unos a otros, encadenándose sin solución de continuidad. Las formas se diversifican sincrónica y diacrónicamente. Concluir de ello la necesidad óntica y universal del arte es "camino de utopía". El arte, eso sí, es como acontecer humano, ineludible para el pensador.

Hablar de crisis es tópico generalizado. Es innegable que las manifestaciones artísticas, a nivel de expresión individual principalmente, han proliferado en este siglo en libertad omnimoda conduciendo a artistas, teóricos y espectadores a una inconfesada perplejidad axiológica. Ante la aporía, personas razonables ponen en entredicho la intrínseca valía del arte y su sospechoso carácter social de mercancía para burgueses. Quienes rechazando el sistema de oferta y demanda, se interesan en la justificación y encauzamiento metódico y funcional del arte, piensan en su incorporación a las restantes actividades humanas, patrimonio de la colectividad: el arte ha de someterse a límites precisos, arrumbado el prejuicio romántico de la autonomía, prioridad y desinteresada complacencia, o el no menos romántico anhelo de retorno a la configuración pseudomística de la existencia por la actividad contemplativa o técnica "liberal".

El arte ofrece actualmente múltiples y complejos interrogantes ideológicos y prácticos, que requieren el diagnóstico del arte actual por el examen fenomenológico de sus estructuras elementales.

Se precisa, primeramente, ya que el arte dejó trasnochadas o trucas las viejas "poéticas", al saltar o demoler las normas en ellas prefijadas, más que recopilar las nuevas libertades y conquistas y catalogar los cadáveres que otras épocas o modas se encargarán de resucitar, porque también en este aspecto el arte posee una cierta eternidad de fénix, descubrir el móvil rompedor o progresivo, la cualidad específica de esa fuerza motriz que emerge de la humanidad como arte.

Se ha hablado siempre de la rebeldía del artista y de su inconformismo en un sentido parecido a cuando se emplean esos mismos términos a propósito de la juventud. Sería una tesis cómoda y brillante calificar el arte de juventud perenne de la humanidad, y quizá lo sea en parte; pero no concluimos con ella nada definitivo, porque la juventud, como la vejez, como el nacimiento y la muerte, no están en nuestra mano y no se trata ahora de formular cosmológica o metafísicamente el ciclo de la existencia, sino de analizar y observar una fuerza vital, libre en cierto grado y dirigible

y no genérica del hombre, para encauzarla al provecho y servicio de la colectividad. Concebir el arte como un desfase y disconformidad, de un modo puramente negativo, es injusto y miope. Decir que su misión rompedora de tradiciones y formas rutinarias y huera es previa a su actitud positiva de punta de evolución es avanzar ya algo más, aunque imprecisamente.

Dígame lo que se diga, la verdad es que el arte del pasado (y la modalidad actual, monumental, funcional o pedagógica con calidad suficiente para ser considerada arte) es transitivo: servicio o contribución del artista a la totalidad de la sociedad; y el arte subjetivo (que termina internacionalmente en el mismo autor o se convierte en objeto decorativo o mercancía) ha de retrotraerse por el contrario o fagocitar a los seres circundantes: constituir su mundo, en vez de incorporarse al mundo. Pero, puesto que a ambas actitudes antagónicas se les denomina igualmente arte, debe haber un punto de entronques que no sea su actitud contrapuesta y que ha de buscarse en ese ambiguo concepto de "mundo". Sea la concepción del mundo individual o generacional o situacionalmente subjetiva o el mundo extramental, manipulable por el hombre pero no plenamente asimilable, la mundaneidad del arte es el plano verdadera y eficazmente metafísico de la reflexión estética.

Tres son las preguntas que pueden guiarnos previamente:

—¿Qué realidad es la específica del arte?

—¿Qué sentido integrador de la totalidad del ser humanizable tiene esa determinada realidad del arte?

—¿Cuál es el modo artístico de acceso a esa realidad total humanizable por medio de su realidad específica?

Partiremos del análisis de estas cuestiones básicas para trazar unas coordenadas que nos permitan, al menos hipotéticamente, afrontar el hecho artístico en futuros desarrollos teóricos y proceder con unidad y rigor crítico a la comprensión de la realidad a la que el arte nos da acceso. Estos interrogantes suponen las nociones respectivas de **realidad**, **sentido** y **comunicabilidad**.

LA PREGUNTA POR EL SER ESTETICO

La primera pregunta es la más ardua, como suele suceder en filosofía. Se trata de la inquisición ontológica que a través, no a pesar de, por encima de, a parte de..., el proceso activo y del hecho y de la repercusión receptiva del arte en todas sus circunstancias investiga esencia misma (no un modo, un por qué, un para qué... sino el "qué"), su entidad diferencial distintiva de los otros aconteceres y haceres humanos, en la raíz de la tendencia humana la realidad que se busca o se encuentra en el arte, la especificación de la vivencia estética.

Aclaremos primero el término **realidad**, en relación con otros vocablos afines o contrapuestos para precisar exactamente el sentido de la pregunta. Deduciremos de la comparación con palabras afines o dispares una serie de categorías que nos proporcionarán la clave esencial del arte.

A la misma familia semántica pertenecen las voces **realismo**, **realización**, **real** y (el término acuñado y aplicado extensamente por Max Benise)

Artículos

correalidad. En cuanto a los términos **realismo** y **realización** queda aplazada su interpretación hasta el momento de responder a la tercera pregunta. De la **correalidad** dice Max Bense en la *Estética*,¹ situándola entre la "coposibilidad" y "conecesidad" que Oscar Becker propone en su "Sistema formal de las modalidades ontológicas": "Belleza es el término que la estética reserva para designar el concepto ontológico de la correalidad. La correalidad es, pues, el correlato ontológico de la condición estética, que se caracteriza por el concepto de belleza (...) De manera que la definición y análisis de lo bello tienen por finalidad una indagación de la correalidad (...) Lo bello es aquello en lo cual la obra de arte supera, trasciende, la realidad (...) La obra arrastra consigo su realidad".² Como no es cuestión de palabras, más o menos apropiadas, si **correalidad** quiere expresar que el arte no es la realidad en cuanto tal sino que tiene su propia realidad, esta última es la que tratamos de comprender. Más luz arroja sobre el tema el análisis comparativo de lo **real**. Un sencillo esquema nos facilitará los sentidos de esta palabra y las categorías estéticas que de ella se deducen:

Real o Naturaleza extramental	{ del todo del uno	universo: totalidad
		Mundo: presencialidad .
Irreal o Naturaleza intramental	{	modalidad: particularidad
		existencia: actualidad
		Realizable extraestéticamente: posibilidad
		No realizable más que estéticamente: idealidad

En este análisis gráfico de lo **real**, que comúnmente se hace coincidir con el concepto de **naturaleza**, se encuentran todas las vías categoriales que pudieran contener la realidad del arte. La **naturaleza** y la **realidad** pueden referirse a la totalidad de los seres, conocidos o no, a la que designaremos en adelante "Universo": noción que contiene todo lo que el hombre posee material o noéticamente más el misterio, lo ignoto no poseído. Toda actividad, pues, que tienda a poseer y conocer universalmente, a dominar y disminuir el misterio es **totalizadora**. Si nos atenemos únicamente a lo conocido, que llamaremos "Mundo", relativo ya y proporcional a los conocimientos del individuo, pero que pueda entenderse genéricamente como el saber y poseer de toda la humanidad, la actividad de todo tipo que se ejercite sobre el mundo consistirá en hacer **presentes**, vívidos, en resaltar los objetos.

Puede considerarse también la **naturaleza** del individuo, procediendo así en un método centripeto que nos conduzca al último reducto del laberinto del arte, y en ella su cualidad nos abre una categoría que podíamos llamar individualidad, pero aceptamos el término "**particularidad**" de G. Lukács. Si este ser particular, además de parte imaginable del universo, es mundano, es decir, está presente —quizá haya sido y quizá será, pero es sobre todo ahora existente— participa de la **actualidad**.

Por oposición a la **naturaleza** real hallamos en el mundo intramental humano, en la **irrealidad**, las categorías que más nos adentran en el laboratorio arcano del arte. Lo pensado, imaginado o sentido, pero no existente puede ser **posible**. Inventar, intuir, presentir es romper por medio de la

1.—Nueva visión. Buenos Aires, 1967.

2.—Ibidem, pgs. 21 y ss.

posibilidad los diques de la mundaneidad y adentrarse en el misterio, evolucionar... Lo inexistente es a veces absolutamente irrealizable, no ya en el estado científico... coetáneo al que lo imagina, sino absolutamente, incurriendo entonces la persona en el desvarío o en la quimera. Suponiendo al hombre en tal circunstancia meramente evasivo, podemos hablar de una última categoría poética de **idealidad** o utopía que nos dará el más íntimo por qué necesitante del arte.

El arte participa de una acusada tendencia a la **totalidad** y avidez de misterio que le igualan empero a la ciencia y a la filosofía en sus visiones generales. Lo específico del arte en esta categoría es lo reduplicativo: el arte no intenta comprender ni dominar, sino meramente captar como misterio lo que es misterioso y como todo lo que es todo. Tendríamos que acudir al respeto del ser humano por lo más y lo total y lo ignoto, un respeto reverencial para comprender la categoría estética de la **totalidad**.

Simultáneamente el arte necesita una presencia, no es una pasión o tendencia abstracta, se ejerce sobre objetos existentes en la realidad o al menos en la mente. El arte hace más real, más destacado, también aquí reduplicativamente mundano, lo real. La categoría estética de la **presencia** consiste en aproximar el objeto al sujeto hasta llegar a una intercomunidad fecunda.

Si muchas veces se habla de creación a propósito del arte, no es solamente por su capacidad de fingir formas, sino porque se concentra sobre un objeto particular, individualizando, y lo recrea en todas sus magnitudes. La **particularidad** estética es completamente y consecuencia de la presenciabilidad. Si el arte no se basa en lo confuso, tampoco en lo plural. Si la filosofía ha llegado a formular sobre la individuación de los seres teorías tan pobres como la signación cuantitativa de la materia, el arte descubre y admira en el individuo toda su plenitud diferencial, en él ve lo que no es él y le ve a todo él, sin análisis, en su **particularidad** rica y evolutiva.

El arte no considera ningún objeto suyo como inexistente. Si no existe en la naturaleza, lo realiza él. El arte es **actualidad** en ese sentido y en el de que para él nada es tampoco pasado ni futuro, sino vital y apasionadamente interesante en el acto; participa en esto de las propiedades del sentimiento y sentimental es su actualidad configuración emotiva de algo que existe o debiera existir.

Esta capacidad de configuración de realidades habría que situarla estéticamente en el primer plano de la esencia artística. Otras actividades humanas se atienden a lo pragmático existente o accesible. La filosofía y la ciencia cuentan con lo posible y funcionan por hipótesis; sólo el arte vive lo posible como real y muchas veces conquista para la humanidad parcelas inusitadas de lo real posible. La **posibilidad** es la abertura del arte y su proyección más eficaz hacia el misterio. Ser artista es ya, de este modo, ser arriesgado. El riesgo ha de ser considerado como una categoría positiva del psiquismo humano. Sin peligro no hay avance. El arte "ama el peligro" y gustoso "parece en él" porque, si en la ciencia a costa de muchos errores de experimentación se alcanza una verdad, en el arte, con cada intento se logra una verdad, verdad intramental a veces, que siempre caracteriza al ser humano como hombre lanzado hacia el más.

Se dirá que la realidad intramental, la **posibilidad**, no es realidad ninguna. Es una objeción positivista, invalidada ontológicamente por la filo-

Artículos

sofía de lo posible y que estéticamente da pie precisamente a ampliar y esclarecer el concepto de **realidad**. Resulta que el arte no solo sirve de posibilidades para su realización, sino incluso de imposibles, de utopías y positivos absurdos en contra de la realidad concebible lógicamente. Llamo **idealidad** a esta categoría de la realidad estética que ostenta, como contraste, como evasión, como delimitación de lo real, como protesta quizá de que el misterio sea alguna vez agotable, una voluntad indomable de más, siempre más (no digo mejor, ni más bello) campo de dilatación del ámbito de lo humano.

A la pregunta por la realidad específica de lo estético, armonizando las categorías analíticas anteriores, podemos responder, una vez más, que es una tendencia creciente ilimitadamente hacia el misterio captado como misterio y hecho presente individualizado y existente (al menos en la posibilidad imaginera del arte).

LA PREGUNTA ESTETICA POR EL SER

Cómo se integra esta peculiar **realidad** del arte a la totalidad de la realidad general o, mejor, a la totalidad de lo humanizable, ya que de actividades humanas tratamos, es el sentido de esta segunda pregunta. Y primero, no es lo mismo preguntar desde la realidad por el arte (primera pregunta) que preguntar ahora desde el arte, pionero del más, por el sentido de la realidad. Es el arte mismo quien debiera responder, y lo hace mejor que con teorías estéticas con su praxis histórica.

Dos son, a mi juicio, las aportaciones categoriales del arte a la realidad: **ultréidad** y **salud**.

Si el artista o el filósofo estético se preguntan qué es el ser, desde su experiencia, y no acudiendo a reflexiones propias de otras disciplinas, han de responder que ser es la posibilidad evidente y plástica de estar siempre más allá de lo que existe en el tiempo y espacio actual y que esta evidencia es salutífera para el ser humano condenado a su limitación espacio-temporal-modal, ilimitadamente tendente. El arte, como ontología regional, es la curación de la limitación en la tendencia. La salud se realiza artísticamente como **sentido**, un sentido que se da a la vida organizándola según un fin y una concepción de las relaciones humanas. No olvidemos que el arte, en todas las modalidades de su propia realidad, es praxis humana.

Opino decididamente que una de las tareas primordiales del arte de hoy, más que investigar sobre su propia realidad, es encontrar el puesto adecuado y concreto en el marco de las actividades humanas. No bastan ya los vetustos conceptos de expresión, imitación, idealización, creación, ni siquiera el más actual de reflejo (Lukács) y denuncia o protesta de una realidad. El hombre, todo el hombre y no solo el artista, no es un soñador ni un rebelde. El hombre, cada hombre, es un peón constructor de una tierra habitable y justa. Y el arte tiene como principal tributo a esta misión ineludible proporcionar la esperanza en un avance infrustrable, sabedor de que la naturaleza y la vida no fracasan nunca. Aunque el tiempo deje su légamo triste sobre la tierra, de ese humus fértil generará realidades nuevas y sanas. No se trata de un ciclo cerrado. Es un avance en espiral porque se acumula experiencia y se multiplican estadísticamente las probabilidades de éxito. La experiencia de la muerte individual no debe empa-

ñar nuestra visión estética de que el mundo, el universo, es humanamente inagotable y rico en recursos salutíferos y en campos de desarrollo y en multiplicidad de lecturas.

Pero no confundamos el arte con la religión. Es un peligro en que frecuentemente incurren los teóricos de matiz idealista o romántico y los estetas religiosos. Naturalmente hay una vinculación entre el misterio que revela la religión y el que alumbra el arte; pero he ahí la diferencia: la Religión recibe el misterio y cree en él; el arte vislumbra y posee amorosamente el misterio mientras lo es, realizando la magia de desvelarlo al convertirlo en objeto asequible (símbolo si se quiere). La religión avanza hacia un ser último y primero misterioso. El arte no cree ni admite límites terrenos, es la actividad humana que produce ilimitaciones, aun rebasando la posibilidad y gestando la idealidad de la quimera.

LA PREGUNTA POR EL ACCESO AL SER ESTETICO

La estética es una ontología regional. Preguntar estéticamente por el acceso al ser equivale a la pregunta anterior y la respuesta es la misma: en una aspiración arriesgada al más se obtiene la salutífera experiencia de la ilimitación del ser (o del Ser).

En el triple nivel de la realidad total objetiva, de la realidad colectivamente concienciada y de la realidad individualmente asimilada, lo estético se sitúa como rompiente y abertura. A esa situación se accede en la triple forma de conocimiento intuitivo, de lenguaje expresivo y de juego dionisiaco o metódico-apolíneo (al decir de Nietzsche). La realidad del arte hemos demostrado también que rebasa los términos de realismo e idealismo, que es la donación de sentido propio o algo existente o inexistente (incluso utópico o absurdo). Veamos ahora las rutas de acceso a esa actitud cognoscitiva, comunicativa y lúdica de la realidad estética antedicha. A este acceso podemos denominar exactamente **realización**, en parentesco semántico con el término realidad.

Parece obvio, y así se ha pensado durante siglos, que la realización artística, la posesión de su realidad peculiar se obtenga por medio del **realismo** (la misma raíz semántica de nuevo), imitando la realidad, la naturaleza, considerada perfecta e imperfectible al modo Leibniziano. El marxismo ha resucitado hoy la soterrada mimesis aristotélica, pero le ha dado un nuevo carácter. No se trata de crónica imparcial de la realidad, ni mucho menos de admiración por un ideal panteísta o naturalista, es una actitud nueva, la **crítica**, ya emprendida por el expresionismo, vehículo revolucionario. El arte es así superficialmente propaganda y en profundidad el auténtico anhelo de ultreidad y salud. El arte de protesta postula una realidad humana más justa y demuestra que el sentimiento estético no es inútil hoy, sino signo de una exigencia innata de superación, que en este caso es la igualdad de los hombres y la promoción de los desamparados, por sus derechos humanos.

Simbolización es plasmar objetos —significantes— que tienen un uso o sentido determinado para, en un contexto determinado, transportados a otro contexto, transmitir un significado diferente pero relacionado con el uso primario del objeto. Al símbolo no se le crea, se le elige y se le inyecta (si es artificial; en el caso del símbolo natural se trata de una operación

Artículos

inconsciente mental y de una predisposición natural del objeto que en su constante actitud inspira por inducción la consecuencia probable) un sentido humano nuevo. El símbolo es una realidad propia del arte (aunque otras actividades lo utilicen, lo adquieren "a priori", como un postulado convencional; y lo convencional sólo recibe vigencia en el arte).

Comunicación es traspaso de visión, tamizada por elección, de un ser a otro. La visión suministra lo que se llama "forma" y la elección el "contenido" expresivo unívoco o plurívoco.

Simbolización y comunicación se hallan íntimamente comunicadas en la relación humana, ya que toda palabra es un símbolo y del lenguaje se puede decir que es arte en su origen, concluyendo así que el arte en su acceso a la realidad aporta la base de la sociabilidad. No solo el habla se gesta en el arte sino también el amor surge y se expresa como arte.

El acceso opuesto al realismo mimético o reportaje es la **idealización** que finge una realidad propia, inicialmente intramental, que se patentiza y existe únicamente en la obra de arte. La idealización nace de numerosos móviles psicológicos: ilusión de lo nuevo y mejor, de lo otro (en lo que se manifiesta verdadero arte), evasión y repulsa benigna de lo actual circundante, ensueño, juego, magia, religión...: un misterio que se plasma en una imagen nueva e insólita de lo que se podía ser y no se es.

Así pues, al arte se accede por la realidad extramental, por la realidad intramental y por las formas medias de la simbolización y comunicación.

